

TERRITORIO, OFICIO Y MATERIA

Grupo Talca



DESDE UN TERRITORIO SIN SENDEROS

Imperceptible, tal vez como su nombre, aparece el pequeño caserío de Cuchi desde la nueva carretera costera que atraviesa el tramo entre los ríos Mataquito y Maule, en la región del Maule, Chile; el camino corre flanqueado, a un costado, por bosques de pino insigne y, al otro, por el inmenso campo dunar de Junquillar. Apenas visible aparece este asentamiento rural establecido en medio de arena y pajonales, y aún más difícil que percibirlo es comprender cómo y por qué está habitado un lugar donde el viento lo borra todo. Recuerda territorios cordilleranos, como los faldeos de los volcanes Villarrica y Choshuenco, en donde las referencias que otorga el paisaje mediante sus altas cumbres y pronunciadas quebradas son acompañadas siempre por sinuosos senderos que sortean de la mejor y más económica manera los obstáculos al paso. Justamente “al paso” es como se entiende el quehacer local, que circula en búsqueda del día a día desgastando el musgo y la piedra de altura. El sendero acompaña el ir y venir diario de andinistas ansiando vencer el tramo y de habitantes que deben regresar a casa con leña y comida.

Otro es el caso de Caleta Tortel, en donde los senderos artificiales sobre la roca marina y los erosionados bordes de cerro

son la manera de ordenar el paso cotidiano respondiendo a las mismas condiciones del sendero cordillerano a una escala más acotada pero no menos importante en su valor diario para los habitantes.

Cuchi, inserto en el centro de una inmensa duna, sólo aparece al acercarse a un pequeño cúmulo de eucaliptos y pinos que develan, desde la carretera, este asentamiento. Esta pequeña conformación vegetal los protege del viento; permite la permanencia mientras habita bajo estos árboles.

Una vez dentro de Cuchi se comienza a entender cómo logran dominar esta superficie dunar agobiada por fuertes vientos que transforman y moldean el territorio día a día mientras borran huellas y desplazan pequeños valles y cumbres de arena. Este pequeño pueblo de pescadores y extractores de machas está ubicado a tres kilómetros de la costa. Es necesario atravesar diariamente la duna para llegar a la orilla donde antes del amanecer comienzan las labores de extracción.

“UN FARO DE TIERRA”, nos respondía el pescador al preguntar por una inmensa vara que yacía anclada a la arena en el horizonte, de camino desde su casa a la orilla: “Es nuestra manera de orientarnos en medio de la duna para obtener el tramo más corto desde la casa al mar”.

Las referencias naturales de los montes cordilleranos o la posibilidad de construir un sendero artificial como el de Caleta Tortel son aquí meras utopías. En Cuchi la única solución son las artesanales señales aéreas ancladas a la arena; el resto desaparece por el dominio de los vientos que cada día desplazan los livianos granos que conforman el suelo.

VIVIENDO DE LA RESACA

La herencia del oficio dominaba la mano plenamente y otorgaba la

mejor respuesta a los encuentros que solicitaban los distintos materiales que conforman las viviendas, los cercos y galpones, recogidos tras cada temporal sorteando los vientos, la sal y la humedad a través del nudo y la amarra con la misma maestría con que enmiendan las redes pesca tras pesca.

Es visualizando la desgastada sogá que amarra dos piezas de madera tinglada formando un paramento, distintos desechos que ordenados de tal forma les permiten un refugio contra los vientos, algunas planchas de zinc y un pequeño bote invertido que conformaba la techumbre del pasillo de la vivienda, como se logra entender la dependencia del habitar con el territorio en distintas escalas. Desde la manera de emplazarse hasta que el material que ahí utilizan es recolectado luego de cada temporal que azota la zona.

“El temporal nos entrega lo que a lo ancho de Chile les arrebató a otros”, dicen haciendo referencia a cómo entienden que el río Maule trae consigo tal cantidad de materia y materiales que arrastra de cordillera, pasando por los valles, descargándolos en el mar y devolviéndolos a las orillas tal como el mismo río descarga los sedimentos que conforman el campo dunar de Junquillar.

Tablas de alguna ranca destruida por un temporal en Armerillo o planchas de zinc arrastradas desde las orillas de La Puntilla conforman los muros y divisiones que construyen sus viviendas, donde se refugian esperando volver, tras cada temporal, a las orillas para completarlas o ampliarlas y seguir dominando, desde la mano, este territorio que no admite senderos y que no guarda memoria del paso de sus habitantes, pero que se hace presente a través de aéreas señales esbeltas en el horizonte que develan su refugio y su paso.

ACTA

DE ARQUITECTURA

Descarga el contenido completo en
acta-arquitectura.org

Síguenos en redes
facebook - twitter - instagram

ActaZine

Guadalajara, México.
Junio 2016



Los contenidos de esta revista se pueden reproducir y
compartir siempre y cuando
no se haga con fines comerciales, se respete su autoría
y esta nota se mantenga.